

Inti: Revista de literatura hispánica

Volume 1 | Number 31

Article 13

1990

Cela y el relato comunitario; La palabra trivial; Tema de ambos mundos

Julio Ortega

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Ortega, Julio (Primavera 1990) "Cela y el relato comunitario; La palabra trivial; Tema de ambos mundos," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 31, Article 13.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss31/13>

This Estudio is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in *Inti: Revista de literatura hispánica* by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact elizabeth.tietjen@providence.edu.

UN EMBROLLO MALDITO

Alfredo Bryce Echenique

El antropólogo Jürgen Golte, del Instituto de Estudios peruanos, afirmaba no hace mucho tiempo en el semanario *Caretas* que el narcotráfico es un problema de doble faz, porque: "... si suponemos que se encontrara un sustituto perfecto de la cocaína, ésta sí sería la debacle definitiva del Perú, porque casi la mitad de la economía del país se basa en el narcotráfico..." Afirmaciones de este calibre, que podrían sorprender a cualquier peruano medianamente bien enterado de lo que está ocurriendo en su país, parecen desgraciadamente confirmarse a la luz de un informe especial sobre "La confusa guerra de la droga" publicado en el último número de la revista *Quehacer*.

Según ese informe, muchas cosas cambiarán en Perú tras la ofensiva lanzada por el gobierno de Colombia contra los carteles de Cali y Medellín, a raíz del asesinato del candidato presidencial Luis Carlos Galán. El conjunto de medidas tomadas entonces por el presidente Virgilio Barco, como la confiscación de los bienes muebles e inmuebles de los narcotraficantes (entre los que se cuentan cerca de 400 avionetas destinadas a llevar pasta básica de cocaína del Alto Huallaga peruano a los centros de procesamiento colombianos) obligará pronto a los peruanos a tomar conciencia de que la guerra que ha empezado en Colombia llegará tarde o temprano a Perú. Así lo piensan, al menos, los servicios de inteligencia peruanos y la DEA (Agencia Norteamericana de Lucha contra el Narcotráfico). Para ambos, si la situación continúa como hasta ahora, los laboratorios de cocaína podrían ser trasladados a territorio peruano, más concretamente a la región amazónica.

"Para que ello ocurra y la mafia pueda pensar en el traslado — afirma Raúl González en *Quehacer* —, sólo se tendrían que "solucionar" dos problemas: insumos y transporte. El primero es fácil de resolver: la acetona y el éter que se requieren para refinar la cocaína pueden ser importados de manera legal, pues son insumos para la industria farmacéutica y para la de pintura y plásticos, o, en su defecto, introducidos clandestinamente por la frontera con Brasil o con Colombia; y los hornos, necesarios para la calefacción, construidos en el mismo

país. Y el segundo sólo requiere de un dispositivo que autorice la libre importación de avionetas, decisión que ya habría sido tomada por el gobierno peruano". Y, a continuación, el autor del pasaje citado publica, bajo el más que elocuente título de *¿Pura coincidencia?*, una fotografía del Decreto Legislativo aparecido en el Diario Oficial *El Peruano*, un mes antes del asesinato de Luis Carlos Galán, según el cual el Presidente de la República exonera de tributos la importación de aeronaves, sus piezas, repuestos y motores.

Concluye, en seguida, el comentarista de *Quehacer*: "Todo parece indicar, entonces, que el Perú deberá agregarles a los problemas que ya tiene como país productor de coca, aquéllos que le endosan las mafias de un país cuando se instalan en él (corrupción, violencia, desestabilización del sistema político y jurídico, etc.). Si ello ocurriera se produciría lo mismo que cuando se quiere apagar el fuego con gasolina. Las razones: la economía peruana (no el gobierno) comienza peligrosamente a depender del dólar que proviene del dólar paralelo, que no es otro que el dólar del narcotráfico, y la alicaída economía peruana necesita de una buena inyección de divisas que bien podrían ofrecerla las mafias del narcotráfico". Por lo tanto, el problema de la lucha contra el narcotráfico no es tan sólo un problema policiaco, como insiste en pretender el actual gobierno, ni puede tampoco circunscribirse a lo que en la actualidad está ocurriendo en las zonas del Huallaga Central o Alto, sino que compromete al país entero y al conjunto de sus instituciones.

Y, por supuesto, el problema del narcotráfico en Perú es ya prácticamente el mismo que el de Colombia. Por ejemplo, hasta antes de la guerra frontal iniciada por el gobierno colombiano contra los carteles de Medellín y Cali, con la consiguiente expropiación de aeronaves, el precio de un kilo de pasta básica de cocaína fluctuaba, según la temporada y el monto de la producción, entre los mil 200 y los mil 800 dólares. Iniciada la guerra a los "narcos" en Colombia y "cerrada" la frontera peruana, la cotización del kilo de PBC bajó hasta cifras incluso inferiores a los 500 dólares, en la zona del Huallaga Central. Mientras tanto, en los EE UU ocurría exactamente lo contrario: el kilo de cocaína, que costaba entre 9 y 11 mil dólares, pasó a costar hasta 30 mil dólares, de acuerdo con las más estrictas leyes de la oferta y la demanda. La cocaína, en efecto, se ha vuelto un producto escaso en los Estados Unidos, mientras que en el Alto Huallaga se almacena en espera de tiempos mejores.

Pero la Amazonía peruana, que hasta ahora parecía haber sido olvidada tan sólo por el Estado peruano, hoy parece serio también por la Divina Providencia. Luminoso, que en poco tiempo (con la inefable excusa, entre otras, de que con ello contribuye a la destrucción del imperialismo yanqui, por envenenamiento), se convierte en defensor absoluto de los peones coccaleros, y establece una serie de tenebrosos acuerdos con los narcotráficantes, que van desde la protección, a cambio de armamento o del dinero para adquirirlo, hasta periódicas actuaciones conjuntas que desconciertan totalmente a un Estado peruano que apenas se asoma por la región y que insiste en combatir a Sendero

Luminoso únicamente con el Ejército y al narcotráfico únicamente con la policía. Todo esto produce fricciones entre ambas fuerzas y las mutuas sospechas y acusaciones abundan, mientras los “rambos” recientemente enviados por la DEA se topan con una situación bastante más compleja que la que se esperaban al llegar con sus helicópteros de guerra y sus herbicidas *spike* listos para un salvaje estreno anti ecológico.

Y, como tantas veces antes, el gran error parece venir de los EE UU que, según el estudioso colombiano Francisco Leal, juzgaron equivocadamente que el problema estaba en la producción mas no en la demanda. Además, señala el mismo Leal, en EE UU no existe ni siquiera una política oficial frente al problema del narcotráfico: “Porque yo creo que no hay (...) una unidad de tratamiento del problema por parte de los EE UU: el Departamento de Estado, por un lado; el Departamento de Defensa, por otro; la DEA, por otro”. Esto, a pesar de que el Presidente Bush ha llegado a considerar que las consecuencias del consumo de drogas en su país han alcanzado la gravedad de una epidemia, atentando así contra el derecho de todos los norteamericanos a vivir en una sociedad sin drogas.

Pero el problema va aún más allá de lo que el presidente Alan García llamó “una multinacional andina”, ya que ha pasado de Colombia, Perú y Bolivia a Ecuador, y día a día va extendiendo sus tentáculos por encima de muchas fronteras latinoamericanas para encontrar su puerto más importante de desembarco en los EE UU. El conflicto es, pues, internacional, y puede llegar a convertirse en una guerra de baja intensidad de la que Perú obviamente no podrá librarse, en opinión del colombiano Francisco Leal y de la periodista norteamericana Corinne Schmidt: “Dado el tradicional desdén de las fuerzas armadas (de Perú) por el tema, ¿por qué EE UU se interesa tanto en verlas involucradas? Pues para algunos, la lucha contra el narcotráfico es una especie de conflicto de baja intensidad que exige un enfoque no sólo represivo, sino militar, lo que explica por qué el Pentágono ha enviado a miembros de las fuerzas especiales para entrenar a la policía peruana...” Una vez más, los EE UU se inclinan por una política estrictamente represiva, mediante un plan Bennet que reconoce su estrepitoso fracaso en la campaña de erradicación de arbustos de coca en zonas andinas de Bolivia y en la Amazonía peruana.

Y es que, a nivel internacional, los EE UU continúan ignorando la estrecha relación entre narcotráfico y pobreza. Los acuerdos que llevaron a la caída del precio del café en Colombia, con nefastas consecuencias para este país, en Bolivia llevaron al propio embajador norteamericano a declarar que “no es ninguna coincidencia en este país que el cultivo de la coca aumentó mientras la economía entraba en crisis”, agregando que el 20% de los mineros despedidos por el gobierno en 1985 se habían convertido en los años siguientes en peones cocaleros. Así, la oferta de cocaína en los EE UU es diez veces mayor que hace diez años, mientras que el cultivo de la coca ha crecido en un 10% durante la década de los 80, pasando de ser privilegio de clases acomodadas

o de yupis que a veces la reciben directamente en pago por sus servicios en Wall Street, a ser con el "crack" (químicamente equivalente a la pasta básica lavada) un producto que invade la miseria de los ghettos y produce una tremenda ola de delincuencia y de enfermedades a lo largo y ancho del país.

Corinne Schmidt cuenta cómo el pasado año apareció una nota inaudita de David Crosby, en el *Miami Herald*. Este cantante, "famoso en los años 60 por pacifista y defensor del uso libre de drogas, había pasado ocho meses en prisión por drogadicto". Ahora, libre y limpio, declaró al *Herald* que su país tiene, mediante satélites, la fuerza para saber dónde se encuentra cada arbusto de coca en el mundo. Se trata solamente de bajar por él: "Créame — afirma Crosby —, la Fuerza Aérea Ecuatoriana no va a atacar a los Marines de los Estados Unidos. Sé que todo el mundo va a poner el grito en el cielo. Eso no me importa. No quiero ver más niños muriendo de la cocaína aquí". "Crosby — comenta Corinne Schmidt —, por más exagerado que sea, de algún modo incorpora a nivel individual las contradicciones que su país proyecta a nivel internacional — a la vez víctima, cómplice, juez y verdugo del narcotraficante —. Ayer permitía el uso de las drogas (tácita si no explícitamente); hoy culpa por la adicción de los jóvenes estadounidenses a las naciones de América del Sur".

Pero el nuevo plan Francis Bennet, que lleva el nombre del "enemigo número uno del narcotráfico en EE UU, no aporta ningún cambio importante y más bien permite entrever que, entre las diversas posiciones que enfrentan a instituciones de su país, tal vez la de la DEA sea en la actualidad la que se está privilegiando, a pesar de que no trae consigo grandes cambios en ningún plazo. Se detiene la erradicación y se privilegia la interdicción, pero no se toca ni mínimamente la relación producción de coca-pobreza. Y, en el caso peruano, cada día es más difícil distinguir entre traficantes y terroristas. Tal vez por ello vuelvan los EE UU a interesarse en modernizar el armamento del ejército, aunque encontrándose por ahora con la negativa gubernamental, ya que el combate contra el narcotráfico debe seguir exclusivamente en manos de la policía, según el presidente Alan García.

Por otro lado, como señala acertadamente Francisco Verdura en el Informe de la revista *Quehacer*, el problema de la coca no es de naturaleza exclusivamente agrícola: "La producción de PBC requiere de grandes volúmenes de otros insumos, principalmente kerosene doméstico, ácido sulfúrico, cal agrícola y carbonato de sodio (...) Puede resultar interesante saber que el azufre se importa, desde 1979, de dos países: Venezuela y ¡Estados Unidos! Además, afirma este especialista que: "No sólo no se ha buscado eliminar la economía cocalera, sino que se han creado las condiciones para su florecimiento". Y agrega, refiriéndose al anterior gobierno peruano: "... También prosiguió con (...) la construcción de carreteras, tan convenientes para que los insumos lleguen al Alto Huallaga, así como con los certificados de depósitos en moneda extranjera (un mecanismo práctico para el 'lavado' de los narcodólares). Además permitió el inicio de la venta callejera de dólares. Los bancos privados

y del Estado captan los dólares mediante agencias ubicadas en los centros urbanos del Alto Huallaga”.

Estamos pues ante un embrollo maldito que no empezó ayer. Por el lado de la demanda, una reciente encuesta reveló que el 91% de la población norteamericana calificó de crítico el abuso de drogas en el país, sin que como señala Corinne Schmidt, “el gobierno norteamericano esté dispuesto a pagar unos centavos más por una taza de café colombiano”. Por el lado de la oferta, el gobierno de Colombia recibe, con bombos y platillos que resuenan en el mundo entero, una ayuda de 78 millones de dólares para su guerra frontal contra el narcotráfico, pero sólo dos atentados de la mafia le cuestan esa misma suma de dinero. Y nadie se “moja” enteramente en la causa del gobierno, porque la sociedad entera está, sabe Dios cómo, por qué y hasta qué punto, “mojada” en los negocios de la coca o en sus consecuencias, aunque sea sin darse cuenta. Y Perú es una ampliación muy previsible de lo que ocurre en Colombia. El Plan Bennet, sin embargo, no se refiere ni siquiera a la posibilidad de negociar formas creativas de ayuda a los países productores, como la propuesta “deuda por drogas”, “ni se refiere tampoco, señala Corinne Schmidt, a nuevas inversiones en zonas coccaleras, mercados garantizados para cultivos de sustitución, o beneficios arancelarios”. Y la periodista norteamericana concluye señalando que: “La anterior administración ofreció mucho más dinero a los “contras” nicaragüenses — más dinero, más flexibilidad política y hasta una disposición a subvertir sus propias leyes y el derecho internacional — de lo que la administración actual le ofrece al Perú. Irónicamente, el pueblo norteamericano reclama guerra contra la droga, mas nunca apoyó la guerra contra los sandinistas.

CELA Y EL RELATO COMUNITARIO

Julio Ortega

En *La familia de Pascual Duarte* Camilo José Cela se propuso reescribir el modelo azoriniano, típico del 98 español, del pueblo esencial castellano; y nos confrontó con uno colindante, hecho también de casas pintadas de blanco, sembrado de olivos, con su torre y campanario; sólo que aquí la historia de los Alvargonzález se ha vuelto truculenta, un espejo grotesco. Esta novela es una hipérbole de la violencia (de su fatalidad y banalidad); y si el asesino termina matando a su propia madre es porque España misma — y la promesa de un pueblo esencial — ha sido usurpada por la historia, desgarrada por la violencia mutua. En *Mazurca para dos muertos* Cela regresa al pueblo arquetípico (esta vez en Galicia) y se propone, nuevamente, exorcisar la violencia que en torno a la guerra civil recurre como un sinsentido histórico. Sólo que esta vez el narrador se encuentra no sólo con la historia sangrienta sino con el magnífico lenguaje popular, con la cultura tradicional, con la creatividad del discurso de la fabulación reparadora. El culto primitivista (“a lo bestia”, como se dice hoy) se hace aquí un goce exploratorio de la peculiaridad carnavalesca, material y entrañable; el ligero anacronismo, una celebración de las sumas habladas, arromanzadas y refranescas del sabor oral del saber popular. Si *La familia de Pascual Duarte* supone a la familia española fratricida; la familia española de *Mazurca* no sólo es una arborescencia barroquizante sino que posee el lenguaje transmutor para suturar la historia y darse en su propia crónica la identidad de lo comunitario. De una a otra novela Camilo José Cela se nos aparece como un narrador que al reescribir el 98 y al tratar de expiar la penuria de la violencia histórica ha terminado escribiendo un testamento español, una saga funeraria exhuberante, que tiene las virtudes expiatorias de la poesía afirmadora de la vida empírica.

El Premio Nobel podría ser una buena oportunidad para leerlo con atención. Después de todo, leer sigue siendo el único homenaje que cuenta para la suerte del cuento.

LA PALABRA TRIVIAL

Julio Ortega

La irrelevancia que predomina en las letras españolas actuales se ha hecho patente en el número de la *Revista de Occidente* dedicado a la nueva narrativa. Leyendo esa muestra el lector mejor dispuesto se precipita en la indistinción de la prosa, en la opacidad que borra lo específico, y en la digresión morosa de una urbanidad desapasionada. Casi en cada página están ausentes la nitidez de la escritura, la vivacidad y densidad de los hechos y del mundo representado; y, cosa terrible, la imaginación, esa inteligencia del placer de escribir.

Esta muestra de narrativa podría ser una verdadera lápida si hubiese que proclamar la muerte de la ficción en España, pero en lugar de esa fácil conclusión, que entusiasma a algunos amigos poetas, conviene auscultar, primero, nuestra propia pesadumbre de lectores; segundo, el carácter de esta antología de horas muertas; y tercero, las circunstancias que pueden haber trivializado el uso de la palabra.

Jung se durmió en la página 50 del *Ulises* de Joyce, y escribió un ensayo para explicarse, sin ironía, ese trance. Leyendo esta *Revista de Occidente* es probable que el lector prefiera unas páginas a otras, en medio del sopor. Por mi parte, encuentro alivio en la precisión de la escritura de Javier Marías, en la sensibilidad acusiosa de José María Gelbenzu, en la elocuencia fabuladora de Cristina Fernández Cubas. Y no dudo que varios de los autores incluidos (sometidos por esta muestra a una vecindad de clase media semi-ilustrada) son capaces de mayor imaginación y mejor compañía.

No creo que las antologías estén hechas para repartir justicia. Más bien, les conviene la ligera arbitrariedad de sus opciones y apelaciones. Lo malo con ésta es que su arbitrariedad está desmotivada: ni siquiera es irrelevante al modo académico. Tampoco habría que preocuparse porque falten en una antología ciertos nombres. Yo soy autor de varias y sé que el género se define también por sus exclusiones. Por lo demás, en un país desarrollado las antologías ni siquiera tendrían que ser noticia, mucho menos motivo de polémica. Las hay

tantas que sólo las mejores nos convocan. Y las mejores, usualmente, son hechas por los más jóvenes, que reordenan la biblioteca con sus demandas y están a punto de tomar la ciudad letrada.

Por todo ello, me extrañó que este número fuera presentado por el ministro de cultura (hacer la presentación de un número de revista es para mí un enigma español de estos tiempos subvencionados); lo que le da un carácter oficial a la muestra. Como si se tratara, deduzco, de una muestra autorizada. Tengo la mejor opinión de Jorge Semprún pero supongo que su papel público le obliga a estos rituales; por muy precario que sea el objeto presentado. Pero más me extrañó que el escritor Juan Benet afirmase (según "Diario 16" del 13 de julio) lo siguiente: "la prosa que hace 15 años era experimental ha terminado para el bien de todos. El narrador español ha vuelto a convencerse de que el juego vanguardista sería como pintar relojes en blanco. Este número es el acta de defunción del modo de concebir una determinada literatura".

¿Significa esto que la muestra lleva el propósito de negar lo experimental en la prosa española? Sería un despropósito, ya que negar la experimentación es como negar la naturaleza de la novela misma. La novela, lo sabemos, es un género sin canon, que se rehace en cada texto, proteico y poliforme; y, desde su nombre, está hecha por lo nuevo y la innovación.

Todo lo contrario: este número es un acta de defunción de la narrativa convencional, incapaz de poner en duda su propia forma, limitada por la representación naturalista, por el lenguaje que duplica lo real como su espejo taciturno.

Se podría, por lo mismo, especular que la no inclusión (o, más bien, exclusión) de Juan Goytisolo y Julián Ríos (así como de Luis Goytisolo, y otros varios más jóvenes) dos de los narradores (españoles, pero también contemporáneos) más experimentales, declara una deliberada opción retrógrada. Pero si esta muestra es de prosa estéticamente conservadora resulta claro que tiene muy poco que conservar. En verdad, es difícil imaginar a nadie excluyendo a escritores de esta importancia para autodefinirse. Revela tanto oscurantismo como provincianismo.

¿Por qué temer a lo nuevo, al cambio, a la innovación? Mario Vargas Llosa (el teórico de la novela "light") ha escrito varias veces que la narrativa experimental amenazaba con alejar al público de la novela. Pero como ha dicho Lyotard: "En las diversas invitaciones a suspender la experimentación hay una idéntica llamada al orden, al deseo de unidad, de identidad, de seguridad, o popularidad (en el sentido de 'encontrar un público')". Y añade: "Aquellos que rehúsan reexaminar las reglas del arte persiguen carreras exitosas en el conformismo de masas al comunicar, por medio de las 'reglas correctas', el deseo endémico por una realidad hecha de objetos y situaciones capaces de satisfacerlos". Es evidente que la ausencia de la parte innovativa, por marginal que sea hoy en España, hace de esta muestra un contrasentido.

En cuanto a las circunstancias, un artículo de José Antonio Ugalde en "El

País" ("Precariedad jerárquica en la narrativa española, 12 de julio) me parece explícito. Nos dice el crítico que la narrativa española tiene ahora una cierta presencia gracias a "la cooperación de los escritores en la elaboración de una imagen nacional de marca a través de las estrategias comerciales e institucionales y de los foros y mesas redondas sobre nueva narrativa". Pero, añade, no hay rasgos comunes o nacionales en ella. "Se diría que sólo son compatriotas a la hora de vender". Y concluye reconociendo la "ausencia de una auténtica jerarquía capaz de brillar con luz propia". Parece, pues, evidente que las tiranías del mercado han distorsionado las jerarquías, impuesto una indistinción de valores, y recusado el espacio (marginal, pero genuino) de lo nuevo innovador. El mercado no sólo afecta a las ventas (siempre relativas) sino a la política de la cultura: ocupa el espacio de las comunicaciones, impone ideas sin escrutinio y asume la ausencia de crítica. Todo lo cual termina en una sobrevaloración equivalente a un total desvalor. La producción y reproducción de ese discurso (institucionalizado y premiado) amenazan con la irrelevancia y el sinsentido. Parecería que muchos escritores comparten (en el mercado y el estado) las ventajas del capitalismo sin ninguno de sus riesgos. Pero una sociedad civil que perdiese el rigor y la verdad de su discurso cultural no sería ni moderna (crítica) ni creativa (participante) sino peligrosamente conformista. Nos hacen falta artistas y escritores que se arriesguen en las rutas de lo nuevo, allí donde escribir y leer no son un acta de defunción sino una de fundación. En la comunidad crítica de lo nuevo, en la dirección imaginativa de lo innovador, debe construirse también un diálogo más genuino.

TEMA DE AMBOS MUNDOS

Julio Ortega

La conmemoración del quinto centenario del descubrimiento de América ha empezado ocupando su terreno más propio: la política del discurso. Esta es una extraordinaria ocasión para discutir la naturaleza política de las estrategias discursivas, los lugares desde donde los sujetos se manifiestan, las hipótesis que manejan al representar como naturales sus opciones, y los objetos que privilegian como demostración celebratoria. Alarma comprobar, una y otra vez, que esos objetos asumen el nombre de la civilización occidental como bien exonerado; que esas hipótesis sobreentienden el colonialismo y la expansión imperialista como inherentes a la modernidad; que esos sujetos hablan desde discursos hegemónicos, ideologizados y autoritarios, cuya dominación se da como necesaria y natural; y, en fin, que las estrategias discursivas refuerzan los intereses de los grupos en control de las instituciones del Estado, que buscan en esta conmemoración remozar su legitimidad social para acentuar su control y poder. Sería una notable ironía que este quinto centenario terminase alimentando el discurso de la dominación.

Si en España se ha optado por el término de “conmemoración” en lugar del más eurocentrista de “celebración”, en los Estados Unidos se prefiere el más equitativo aunque neutral de “El Encuentro”. Pero hasta el Papa ha hablado de un “Nueva evangelización”, y el proyecto eurocentrista se ciernen, desde varias instancias, como una ratificación no de las diferencias que nos distinguen sino de las semejanzas que nos asimilan. Evidentemente, para nosotros se trata de replantear los términos con que este discurso celebratorio pasa de largo sobre nuestra historia, neutralizándola, y despolitizando nuestras opciones; convirtiendo, además, en saga su expansionismo, y desoyendo las voces de la diferencia que añadimos al concierto de los lenguajes de la cultura moderna.

Los quinientos años del descubrimiento del Nuevo Mundo son también los del descubrimiento de Europa por las culturas aborígenes; y se han de conmemorar en esa doble instancia, siguiendo la trama delicada de ese diálogo constitutivo, muchas veces trágico, de la que estamos hechos. Y hasta se

podría celebrar el mutuo descubrimiento cultural, porque somos el producto privilegiado de lo mejor de ambos mundos; tal como lo prueba nuestra sobrevivencia, y la imaginación con que los latinoamericanos nos hemos prometido un mundo de sumas mejorado.

El recuento de cada centenario del descubrimiento nos daría una buena muestra de las imágenes con que América Latina se ha concebido. La parte que decidimos nos toca en el balance es una definición del modelo asumido como necesario y deseable. Y esas imágenes, por lo mismo, son la iconografía oficializada de una hispanidad retórica que reafirma los estereotipos del proceso civilizatorio y las nivelaciones del mestizaje supuesto. Esta vez, la celebración nos encuentra en un estado crítico que nos obliga a rehacer todo el camino para replantearnos qué sentido tiene la experiencia histórica y cuál queremos que sea la cara del porvenir.

Ya que se trata de disputar los modelos consagrados por una celebración burocratizada, que no pregunta y que solo asiente, nosotros podríamos oponer las preguntas contra la norma dominante; las demandas por la alteridad de los sujetos implicados; y las cuestiones irresueltas en el proceso de nuestra gestación, políticamente incautada por las hegemonías del poder central de turno.

En efecto, esta es una ocasión magnífica para imaginar nuevas preguntas, preguntas correctamente planteadas, esto es, pertinentes en su necesidad e impertinentes en su demanda. ¿Qué queremos, en verdad, celebrar? No los meros hechos documentados por la historia ya que, lo sabemos bien, la historia no es nunca una efemérides sino la representación del pasado en los discursos que disputan su sentido. De hecho, representar el descubrimiento de América de una u otra manera es ya definir el sentido de su historia. Conviene, por eso, que la primera pregunta exija una definición: para nosotros sólo puede tratarse de representar la nueva cultura que se trama, no como una conciliación europea e indígena sino como una heteróclita reformulación de los sistemas de información, nativos y dominantes; proceso en el cual la cultura latinoamericana se desarrolla como un fecundo sistema de apropiaciones. Estudiar mejor los mecanismos y estrategias de identidad, resistencia, pluralismo y desarrollo de las culturas nativas que procesan la violencia y responden con sus propias alternativas, sería ya un programa de trabajo en la dirección correcta.

Las desarticulaciones entre los desarrollos culturales y las dominaciones sociales es otro fenómeno que requiere atención. Saliendo de la cautela pesimista actual (el pesimismo es la forma ilustrada de la regresión) es preciso plantearse, en toda su crudeza, el dilema de la injusticia acumulada. A pesar de los intereses que buscan conciliarnos con el espectáculo sin sueño de la injusticia, no podemos sino reconocer que la vida latinoamericana es varias veces anti-democrática porque la experiencia cotidiana se organiza sobre la distinta distribución de la violencia. Si la violencia estructural se mide por la expectativa de vida, y ésta por la distribución de recursos y servicios, los países

nuestros viven o sobreviven en una situación de holocausto naturalizado. Aun en los países de mejor distribución y clases medias más extensas, la violencia (sea la del tráfico de la droga o la endémica política) anuncia la frágil fábrica social. Por lo demás, la banca internacional ha demostrado su capacidad de incautar nuestros recursos al convertirnos en prestatarios perpetuos. Este control financiero es a su vez seguido por la desnacionalización de las industrias y la apertura de los mercados a la basura importada de Taiwán, con el resultado de que nuestras lanas pierden valor ante el ideológico bien añadido del estampado hawayano. Miami se convierte en la capital de la clase media latinoamericana y Disneylandia en una versión del paraíso. No sólo pagamos más, también los capitales nacionales huyen, nuestros productos tienen los precios más bajos en el mercado, y hasta los vicios de los superdesarrollados reorientan nuestros cultivos y acrecientan la violencia per cápita. ¿Cómo vamos a conmemorar este quinto centenario sin replantear nuestros encuentros y desencuentros con un Norte más dominante y colonial que nunca?

A fines del siglo seremos entre 600 y 630 millones de latinoamericanos. De acuerdo a la Cepal, en el año 2,000 el 60% de la población vivirá en estado de pobreza y, para entonces, el 75% de ella vivirá en las ciudades. Los cuatro países más endeudados (Brasil, Argentina, Venezuela y México) sufrirán los niveles más altos de acumulación de pobreza. En Brasil la población urbana que vive en la miseria crecerá del 41% en 1970 al 61% en el año 2,000. En Venezuela, del 57% al 70%. En la década de los 80 hemos pagado al servicio de la deuda entre el 20% y el 36% del producto de las exportaciones. Tampoco hay que olvidar que el 25% de la población del mundo controla el 80% de la riqueza mundial, y el 90% de las investigaciones científicas. Todo el tercer mundo consume menos petróleo que los Estados Unidos (12.5 millones de barriles diarios frente a 15.7 millones).

Las culturas nacionales tendrán que encontrar nuevos medios de saturar las heridas sociales, en lo cual, es cierto, son expertas. Hasta la noción de cultura nacional, una de nuestras más ricas tradiciones de lucha por la independencia intelectual, ha sido puesta en entredicho en estos tiempos de devaluaciones por quienes creen que lo nacional se opone a lo universal, sin entender que somos plurales sólo en la medida que somos capaces de incorporar libre y creativamente a pautas propias la información que recibimos. Si la cultura es el intercambio de información, es también el modo en que cada sociedad organiza y conserva esa información. El modo es el modelo, esto es, la diferencia. Somos diferentes nacionalmente, y somos similares hispánicamente, tanto como somos de este mundo y de todos. Hemos sido hechos en la reducción y substracción histórica y política, de allí nuestra capacidad de suma.

Ante las nuevas formas de la homogenización ha surgido lo que podemos llamar el "colonizado alegre", aquel sujeto social producido por su disolución en la cultura hegemónica. En nuestros países, este intermediario del poder y sus

promesas de bienestar, cede su rostro, y su conciencia, sin pena. Irónicamente, en Lima y en México es posible detectar a estos subproductos de la ideología manufacturera más aún que en la misma Puerto Rico, donde la defensa del idioma materno sostiene la defensa del patrimonio nacional.

Ya en el siglo XVII dos peruanos habían resuelto estos dilemas. El cronista indio Guamán Poma de Ayala planteó una andinización del universo al incorporar todo el nuevo saber occidental a sus pautas culturales nativas. Por su parte, el cronista mestizo Garcilaso de la Vega se propuso una occidentalización del mundo incaico al explicarlo en términos de la filosofía política neoplatónica; sutilmente demostró que el ideal utópico del buen gobierno había ocurrido en su tierra perdida; ganada, como tantas veces después, en la lógica del discurso, en la representación con que interpretamos desde el pasado la suerte del presente en el porvenir. En Puerto Rico la práctica del discurso es una primera independencia, un espacio antitraumático donde afincar.

Podríamos, después de tanto y tan poco, conmemorar estos quinientos años del descubrimiento de América como nuestro descubrimiento de Europa, es decir, como la fábula del diálogo que nos constituye. No porque seamos una fácil síntesis, como se celebraba antes, sino por todo lo contrario: somos la contra-dicción de occidente, su otredad sin edad, su diferencia. Quizá en esa suma desigual podríamos ser una pluralidad vertebrada como plenitud de tolerancia y justicia. Esta es una utopía celebratoria, esto es, latinoamericana: verbalizable. Como en las formas de la cultura popular nuestra, desde la música callejera y de fiesta pública hasta las páginas de Rulfo, Cortázar, Arguedas, García Márquez, Fuentes y Luis Rafael Sánchez, el lugar humanizado, ya sea el de la muerte, el de la comunidad, el del carnaval o el de las fronteras excedidas, es aquel umbral en primer término habitado por el habla. Esa capacidad para la comunicación es un rasgo durable de nuestra cultura plurinacional, la primera prueba de que podemos humanizar un mundo que en sus propios términos se ha hecho poco habitable.

Ya que el mundo cambia con promesas de paz, podríamos perderle el miedo a los fantasmas ideológicos, y hasta replantear nuestros diálogos con los Estados Unidos, a pesar del terco principio del autointerés del más fuerte. Cuba debe volver plenamente a la comunidad del hemisferio, y deben caer los muros del bloqueo como caen los de Berlín. Nicaragua, varias veces víctima, merece la mayor solidaridad. Chile despierta de la pesadilla con nuevos ojos. Y Bolivia, Colombia y Perú sólo con más justicia, no con más armas, podrán sobrevivir la matanza. Los neo-conservadores pretenden apoderarse de la palabra democracia para oponerla a la necesidad de los cambios en el mismo sistema, pero el contenido de la democracia no puede agotarse en el modelo del mercado libre y el control del Estado por los intereses privados y financieros. En verdad, no hay un modelo dado de la democracia sino que su práctica tiene que generarse en los distintos procesos de la democratización de la vida cotidiana, de la economía y de la política. La democracia, por lo tanto, es aquello que está

por hacerse. Estas esperanzas salvadas del naufragio podrían suponer que nos falta salvar mucho más; antes que nada, del mismo presente, para que de los fracasos retengamos la promesa de una forma justa.

Necesitamos, en efecto, hacer nuestra esta celebración para reencontrarnos entre nosotros, y también con España, con su lección moderna de guerra civil, exilio, dictadura, y actual despegue. Esa España que Vallejo pidió fuese buscada fuera de España por los niños del mundo, por los hijos de la guerra civil, puede ser esta misma, más nuestra si más democrática. Y confiamos que el bienestar no se pague con el conformismo.

Y ya que se trata de recuperar, 1992 será también el año del centenario de César Vallejo, alguien a quien el día le resultaba corto, y reclamaba por uno diurno, solar y doble; alguien cuyo valor intelectual se nos aparece como una radical demanda, en estos tiempos de intelectuales claudicantes y carísimos. Ese reiterado reclamo del tiempo mítico reformulando el tiempo histórico es ya una espléndida muestra de la diferencia que añadimos a la pluralidad del español en que somos. Tiempo utópico y tiempo trágico, como en el Bolívar recobrado por García Márquez, verdadero emblema de nuestro incumplimiento político: no somos plenamente libres aún, porque nuestro proyecto comunitario está interferido, recusado, puesto en crisis. Ese fracaso, no obstante, denuncia su poderosa convocatoria: la terca esperanza de volver a empezar la historia del nosotros colectivo. Quinientos años después, y a pesar de todas las crisis, esta parte del mundo sigue siendo uno de los recursos más humanos que le queda al porvenir.

En suma, los discursos sobre la génesis de América podrían ir más allá de la normatividad institucional e ideologizada, y replantear las marcas de la fundación como una hipótesis crítica, aún abierta y esperanzada.